

**RICARDO LEVENE**

---

# LA AGONÍA DE GRECIA

---

Ensayo sobre las causas de la decadencia  
de la civilización helénica



**BUENOS AIRES**  
TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL  
1910

LA AGONÍA DE GRECIA

---

RICARDO LEVENE

# LA AGONÍA DE GRECIA

Ensayo sobre las causas de la decadencia  
de la civilización helénica



BUENOS AIRES  
TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL  
1910

## LA AGONÍA DE GRECIA

---

### ENSAYO SOBRE LAS CAUSAS DE LA DECADENCIA DE LA CIVILIZACIÓN HELÉNICA

Acaso sea más explicable la decadencia y muerte de las grandes monarquías orientales, que se inmovilizaron en la repetición de sus civilizaciones invariables, cumplidas al margen de relevantes accidentes geográficos. Al aproximarnos á ellas, aún en el instante más álgido en que su historia se elabora, parece que durmieran un reposo inverosímil. Roma, la clásica Roma de eternas seducciones, más parece heredera directa del antiguo Oriente, si no advirtiéramos en su civilización ese nervioso soplo de helenismo, que desde temprano se filtraba por las rendijas de la Magna Grecia. Porque no obstante su aparente variabilidad, Roma repite el tipo de las viejas monarquías orientales, tradicionalista y centralizadora, salvo el breve período de la democratización de la República, que fué en sus orígenes aristocrática como bajo la reyecía y en sus postrimerías monárquica, como bajo el Imperio. Toda su historia es una marcha regular en que el presente se desprende del pasado y el porvenir del presente en movimientos isócronos y acompasados.

Un ligero análisis descubre en el primitivo instinto del gregarismo social, en la gran solidaridad que hace á la mayoría iguales en la servidumbre, la razón de esta preeminencia del Estado que para imponerse necesita reservar en la inmovilidad del silencio el pueblo entero que trabaja en el anónimo de la nación. Así es, cómo los grandes poemas religiosos del Oriente, de la Biblia al Mahabarata, como sus grandes monumentos, de las Pirámides de Egipto á los Templos subterráneos de la India,

eran atribuidos á sus dioses que fueron los más déspotas de sus reyes... Así es cómo la grandeza de Roma y el imperialismo, se levantó sobre la mancomunidad solidaria del ejército y la cohesión interna de la *gens*, que será siglos más tarde por su misma autónoma solidaridad, germen fecundo de la diversidad feudal.

Pero, en la historia de la Grecia, abunda lo imprevisto y todo aparece como repentino porque es la historia del pueblo que más haya vivido, intensamente en una breve jornada de tiempo. Por eso nos ofrece en una síntesis comprimida, desde sus orígenes hasta su agonía, los mejores problemas que han agitado la sociedad contemporánea, y nos referimos á ella no tanto porque fuera la cuna del arte y de la libertad y evocáramos respetuosos un nombre y una fecha augusta, si no por el espectáculo de las evoluciones que su arte y su libertad sufrieron, siguiendo el curso de un proceso que se desenvuelve respondiendo á su íntima virtualidad. Y desde los tiempos más remotos y desde la tribuna más alta, ésta ha sido en mi sentir, la lección más fecunda que sobre la repercusión del arte y la literatura en la grandeza de los pueblos, haya recibido la historia.

De espaldas sobre el mediodía de Europa; mojas sus costas por el Mar Egeo, que según una feliz expresión tiene la virtud de helenizar las tierras que baña, cruzada su topografía por una cadena de montañas que no alcanza á ocultar un solo retazo de su cielo límpido y claro, surcada por ríos que ni son extensos ni son caudalosos, como si la mano de un artista genial se hubiera esmerado en distribuir estratégicamente unas hebras de agua, y días serenos y noches templadas, de un clima que era el punto intermediario de los países fríos de la Europa septentrional y de los cálidos de Asia, que daba hombres inteligentes y valerosos á la vez como afirmara Aristóteles, donde hasta la naturaleza era una escuela de templanza, cuyo genio era un espíritu curioso y ávido de ciencia como lo ha señalado Platón, raza que tiene eternamente 20 años y que aún en su lecho de agonizante buscará ensayar un bello gesto para resistir la muerte...

Verdad es que los griegos si constituyeron un pueblo como colectividad homogénea, nunca fueron una nación como organismo político y tal vez resulte exagerado atribuir una participación excluyente á la situación geográfica como factor de disolución, pues, Roma levantó su preponderancia en la Italia, geográficamente disuelta y aún sobre todo el mundo antiguo, y España hizo triunfar por sobre todas las diversas cualidades étnicas de sus múltiples razas, la unidad y la centralización, no obstante ese repliegue de los montes que era como la patria particular de cada español.

En cambio, esta falta de unidad política, fué causa de la grandeza de Grecia porque constituyó centros políticos y autónomos y la amplia libertad individual, que la gran unidad no hubiera consentido, encontró un amable ambiente de prosperidad.

Dos grandes estadistas, en momentos trascendentales, intentaron inútilmente organizar la nacionalidad: Solón, que había inaugurado la democracia en Atenas y buscaba aprovechar del apogeo de Grecia, y Arato que en plena decadencia social, levantaba la vacilante liga Aquea, verdadera tentativa de confederación democrática. Los griegos sólo se unieron en Salamina y en Platea; Herodoto, conmovido por el espectáculo del triunfo conquistado en la vinculación común, alcanza á afirmar en un transporte de patriotismo, «que los helenos forman un cuerpo originario de una misma sangre, que hablan la misma lengua, que tienen los mismos dioses, los mismos templos, los mismos sacrificios, las mismas costumbres».

El error de Herodoto, consiste en atribuir una unidad religiosa al pueblo griego, y también porque ese pueblo careció del sentimiento de religiosidad en su verdadero significado. Si es exacto que el Olimpo politeísta y hostil al propio tiempo de Homero, se transformó después, á raíz de la invasión dórica, de tanta importancia para los griegos, y un Júpiter panhelénico se destaca en toda la Hélade, no es menos exacto que de sus dioses deriva antes que nada la tradición, el pasado en representación simbólica y una noble concepción de la belleza. Su politeísmo antropomorfista y mitologista no es la expresión de una intensa

religiosidad, sino, la bella exteriorización de su temperamento de artista. No sienten la preocupación de la muerte, del destino, de la transmigración de las almas, del más allá : como los egipcios, como los indos, como los árabes ó como los hebreos, cuya admirable cohesión, es el efecto no tanto del monoteísmo de la religión como de su profundo sentimiento religioso.

Se ha señalado la guerra del Peloponeso como causa y punto de la disolución de Grecia. No obstante los hondos desgarramientos de esta desgraciada guerra, la historia tiene que anotar el singular fenómeno que durante ella y después de ella, se produce en la Grecia entera un maravilloso florecimiento de la literatura y de la filosofía, que puede desafiarse con éxito un paralelo con el siglo de Pericles, á pesar del agotamiento de las fuerzas morales y físicas y el desastre económico que la guerra había creado. Las guerras intestinas, no son siempre causa de disolución : la guerra de las Dos Rosas, en Inglaterra, afirmó la organización definitiva de la nacionalidad.

Tampoco es exacto, como afirma enérgicamente Polibio, que la Grecia se extinguió sin ruido por falta de hombres. Bastaría recordar para desvirtuar tal afirmación, aunque no está probado que los grandes hombres sean factores decisivos en la historia de los pueblos, la sola personalidad de Filopemen, el último griego que recuerda Plutarco.

Difícil sería probar, por otra parte, que el pretendido cosmopolitismo invasor, fuera la causa de la disolución social que alarmado combatía Lisias, viendo en él la muerte de todo sentimiento patriótico. Si Atenas fué el refugio de hombres de diferentes nacionalidades, egipcios, babilonios, tracios, etcétera, no les molestaba la presencia de estos elementos subalternos y siempre mantuvieron incólume el orgullo de sus puestos. Después que otras causas prepararon el campo, el lujo asiático y las riquezas de Oriente, germinaron en las mismas llanuras de Maratón.

Es que si el supremo ideal de este pueblo fué el arte en su más alto concepto y todos los griegos se sentían vinculados por una unidad intelectual, que era el signo inequívoco de su superioridad, sin excluir á los lacedemonios, no

obstante su grave y severa dureza, que fué el tipo completo á que aspiraba el hiperbólico Rousseau, cuando buscaba un fundamento histórico á su paradoja del hombre de la naturaleza, y que llevó al historiador Müller á idealizar á los dorios, para quienes la guerra hubiera sido como una escuela de arte y una batalla como la plástica representación de una armonía; si la raza y el clima, la religión y las costumbres habían formado un pueblo privilegiado, que se sentía, como dice Renán, hijo legítimo de los verdaderos inventores de la belleza, es preciso buscar en esta superior manifestación del alma colectiva que evoluciona y se transforma conmoviendo los cimientos de la sociedad entera, los signos diagnósticos de su decadencia.

Hay, en verdad, en la historia de Grecia, un intenso momento psico-sociológico, en que todas las fuerzas sociales, aún las más dispersas, se congregan en una sublime conjunción, hora de solemne expectativa en que parece como si los tiempos se condensaran y que tiene el significado histórico de una profunda revolución pacífica.

Después del siglo de Pericles, el teatro, la filosofía, el arte, en una sugerente concomitancia histórica que comprueba la secreta solidaridad de todas las fuerzas sociales, distingúense por un nuevo y marcado carácter: se humanizan.

Eurípides representa en el teatro, el eje de esta reacción.

Si se recuerda que para los griegos, el teatro era el espejo que traducía fielmente las agitaciones de la vida pública y privada, en que cada drama es un capítulo de su historia, se penetra el ascendiente de esta innovación que rompía los viejos moldes y plasmaba el alma con perfiles de arista.

La tragedia bajaba la cumbre desde donde Esquilo, por boca de sus héroes, con la voz majestuosa del apóstol, exhortara á la guerra sublimando la apoteosis patriótica de Maratón; en su inmenso teatro, sus hombres sienten pasiones sobrehumanas y hablan un idioma profético como los dioses, pero, obedecen respetuosos á la divina fatalidad como los niños. El mismo decía muy justamente de sus dramas, que no eran sino restos del gran festín de Homero.

Del escenario de Sófocles, avanzan como tromba enorme cálidas vibraciones de abnegación, de amor, de caridad. Alentados por un ideal sublime, sus héroes y heroínas, atraviesan castamente la escena y una voz suave como un arrullo estimula al sacrificio y al amor.

Mientras el teatro de Esquilo era divino y heroico el de Sófocles y el de Eurípides es eminentemente humano. Sus personajes no hablan ya un diálogo inverosímil con los dioses ó el destino, ni los empuja al crimen ó al heroísmo, la invencible fatalidad; ellos son hombres que tienen voluntad y pensamiento propio, que agitan su alma y la sacuden las pasiones humanas, el odio, la vanidad, el amor, el amor á la gloria, al dinero; ellos en fin, amasan con sus propias manos sus destinos, porque son los obreros de sus vidas. Aristóteles le llama el más trágico de los poetas, porque él sabe desgarrar con valentía el velo que encubre las debilidades humanas y ostenta la llaga lacerante como una experiencia en carne viva. Aristófanes le echaba en cara no presentar en sus tragedias ninguna Penélope...

Eurípides traduce en el teatro el sordo rumor de que el ambiente se impregnaba gradualmente como de una música imprecisa. En trato íntimo con Protágoras, que por el principio ateo de sus obras lo desterraron los atenienses, y sus libros, según Diógenes Laercio, fueron recogidos de manos de quienes los poseían y quemados en el foro á voz de pregonero, discípulo de Anaxágoras, el filósofo innovador, que al sentirse aislado de los atenienses, «no estoy yo privado de ellos, había dicho con altivo desdén, sino ellos de mí»; apasionado estudioso de las obras de Heráclito que afirmaba con temeraria valentía que Homero era digno de ser echado de los certámenes y abofeteado, Eurípides levantó su prestigio sin estrecharse en especialidades mezquinas, sino que nutría y fortificaba su espíritu, respirando las nuevas enseñanzas de la época. Su teatro fué la escuela de las discusiones filosóficas, el instrumento de la propaganda tumultuosa y, á su vez, gabinete de estudio donde se hacían con minucioso detenimiento, delicadas experiencias sobre la psicología humana: las fibras más sutiles del alma daban su verdadera vibración.

Imaginad la representación de una tragedia de Eurípides que pretendía disputar á Sófocles la corona de laurel ganada al sexagenario Esquilo, en aquél día de solemne emoción que los jueces del concurso premiaron la trilogía de Triptólemo. Sófocles seguía siendo el clásico predilecto y era osadía irrespetuosa que el joven Eurípides, que tenía 16 años menos, disputara con el maestro. Elegid un día de las Léneas ó de las grandes Dionisiacas de primavera, en que las representaciones dramáticas, por su afluencia y heterogeneidad eran verdaderamente panhelénicas. Recordad que tal vez el día antes, el mismo público ha festejado la comedia «Las Ranas», de Aristófanes, donde censura el mal gusto de Eurípides á quien coloca con su familia y sus obras en la balanza de los jueces infernales, donde no hace contrapeso á sólo dos versos de Esquilo.

Desde temprano, los ciudadanos, jóvenes ó ancianos, envueltos en su himatión y chitón, camino hacia los arrabales, embellecidos antes que la ciudad misma después de la destrucción de los persas, se congregan en amable plática bajo los pórticos de los Gimnasios, la Academia, el Liceo, el Cínosarga, grandes centros de cultura popular. Todavía los labios parecen articular una sonrisa evocando el chispeante ingenio de Aristófanes... Y mientras el elogio de Sófocles es ditirámico, ha mudado en un silencio sugestivo la acerba crítica que antes el solo nombre de Eurípides provocara. En grupos animados vuelven á la ciudad, presurosos á ocupar un puesto cercano en el amplio hemiciclo de gradas superpuestas, talladas en las faldas del Acrópolis. De todas partes de cerca y de lejos, llegaban al teatro de Dionisio que daba cabida á 30.000 expectadores : por el camino de Eleusis, que cortaba el valle umbroso del Cefiso, de los bosques de olivos y plátanos, la vía sacra que en los días de la fiesta del misterio cruzaba, la gran procesión de la que Esquilo, como peregrino, había formado parte alguna vez ; por el camino de los largos muros, que unía á Atenas con el Pireo, puerto de guerra y puerto de comercio, depósito de los trigos de Tracia y Egipto, de los metales del Norte, de los tapices de Oriente, de la púrpura de Fenicia, y donde también se estrechaban los trirremes de la marina de guerra.

que Temístocles había organizado y que triunfaron en Salamina, el mismo día memorable en que naciera Eurípides; y una concurrencia desbordante y abigarrada que cubre hasta los últimos claros del anfiteatro, suspenso el espíritu en una noble expectativa de arte, revela por tan imponente ceremonia, que Atenas es el cerebro de Grecia y que cualquier lesión que ella sufra, repercutirá dolorosamente en el organismo entero.

El espectáculo comienza. El coro apenas evoluciona en el semicírculo vacío, pues ha perdido su significación y se limita á distraer cuando la acción se interrumpe. Los personajes hablan un diálogo familiar dentro de lo artístico sin subordinarse servilmente á las trabas poéticas. Imaginad la representación de «Hipólito», donde personificada en Fedra, desenvuelve Eurípides el proceso minucioso del amor criminal de una madrastra por el hijo de su marido; obra de admirable verdad psicológica, que conmoviera hondamente á los espectadores.

Suponed la representación de «Hércules furioso», en que el protagonista sufre la crisis alucinatoria que los psiquiatras modernos han hallado de rigurosa fidelidad científica y que llevaba al loco, transportado en su extravío, á matar á su mujer y á sus hijos, porque los cree enemigos. Drama humano, profundamente humano, que desgarrara las fibras más sensibles del alma de un público de artistas, que extenuara sus nervios relajados en la tensión violenta del esfuerzo largo tiempo suspendido, que amargara el espíritu por efecto de las sombras densamente acumuladas en la trama patológica... Evocad, para imaginar el cuadro, y sin peligro de extremar el símil, la cerebración crepuscular y sombría que os acompaña hasta el lecho y ahuyenta el sueño después de una representación de «Los Espectros», de Ibsen.

El arte, en sus diversas manifestaciones, desenvolvía este mismo proceso de humanización.

Fidias, con su visión genial, había sorprendido la belleza fugitiva y la eternizaba en el mármol y en el bronce; belleza estática, de líneas impecables, en aptitudes solemnes, de miradas inmóviles, que no daba la sensación humana de

la vida, que no traducía los movimientos sugestivos y trémulos del alma. Fué en el arte lo que Esquilo en el teatro: buscaba la belleza espiritual, en la esencia ideal de las cosas. Las Panateneas del friso del Partenón, se destacan de su relieve con perfiles rígidos. Cicerón escribió después, que cuando Fidias creaba su Júpiter ó Minerva, no tomaba modelo: tenía en el alma un tipo superior de belleza que su mirada veía internamente.

Con Calícrates, que ganó á Fidias en el concurso de Efeso, con sus Amazonas, la estaturia ya evoluciona y Quintiliano le observa: «que no da majestad á sus figuras porque no ha producido el carácter imponente de los dioses». El arte plástico, sigue las huellas del teatro de Eurípides y traduce la vida del sentimiento que Escopas, supo hacer latir con palpitaciones humanas. El grupo de Niobe, que más parece la obra de un poeta trágico, es un poema tallado de mármol, que habla de la vida con la imponente elocuencia del dolor. La angustiosa actitud de la madre, el gesto instintivo de defensa para la hija de su carne, la mirada aflictiva, pero no desfalleciente, la armonía del conjunto, la grandeza del detalle y sobre todo la suprema verdad que vibra en toda ella, como si la sangre vehemente recorriera sus venas, han hecho de Niobe, una de las obras más perfectas de la estatuaria.

Recuerda Plinio que Alejandro expidió un decreto autorizado solamente á Apeles, á pintar su imagen y á Lisipo, á esculpirla en bronce. Plutarco observa que Alejandro prefería á Lisipo porque este artista figuró con la mayor viveza, aquella ligera inclinación del cuello al lado izquierdo y aquella flexibilidad de ojos, que, con tanto cuidado, procuraron imitar después muchos de sus sucesores.

Lisipo, en efecto, á quien, con ventaja, se ha comparado alguna vez, á Miguel Angel, era el exponente más alto de la nueva tendencia que substituía la actitud serena y plácida de los dioses, por la conmovedora y pasional de la vida.

La pintura sigue un curso paralelo á la estatuaria y de Zeuxis á Parrasio y Apeles, evoluciona gradualmente, hasta adquirir lo que faltaba á Polignoto, contemporáneo de

Fidias y que Duruy desconoce : la magia del contraste de la luz y de la sombra de un cuadro de Rembrandt ó la fuerza brillante de los colores de una pintura del Ticiano.

Bien expresa la tendencia de las artes á humanizarse, la profunda afirmación de Platón : «lo bello es el resplandor de lo verdadero».

Nada caracteriza mejor esta época de transición de la cultura helénica que la tendencia racionalista de la filosofía : es el surgimiento del espíritu crítico que destruirá el dogma, imperioso, espíritu de hondo y sutil análisis de todas las cosas, que tomando por norte el examen de la naturaleza, iniciará una obra de minero silencioso, desprendiendo á la sociedad, de su pasado, en un movimiento regular, hasta separarla por todos los lazos de la tradición y de la historia.

La religión que representaba el pasado en su forma más decorativa y brillante, fué el punto de ataque del racionalismo, cualquiera que fuese su especie filosófica. Apoyada en la carencia de sentimientos religiosos, lo que de suyo era una prueba de imparcialidad, la crítica demostró el absurdo del abundante antropomorfismo politeísta, su vacuidad y su impotencia, y los dioses, como en un ejercicio macabro, huyeron presurosos del Olimpo. Hasta entonces el respeto á la divinidad estaba fundado en el terror ; descorrido el velo, sólo quedaron de los dioses, hermosas máscaras artísticas.

Sofística se ha llamado á esta filosofía que hacía gimnasia intelectual en la investigación de profundos problemas, afinaba el espíritu y desenvolvía una sorprendente agilidad. Herodoto dió este nombre á Solón y á Pitágoras, y Aristófanes lo llamó así á Sócrates.

Estos sofistas en nada se parecen á los escolásticos de la Universidad de París del siglo XIII, los doctores sutiles, que gastaban alambicadas disquisiciones para probar si Cristo resucitado, tenía cicatrices ó para inventar el arte magna en una época enferma de psitacismo, en que sobre el concepto, predominaban la palabra y la retórica.

Los de Grecia eran filósofos en el más alto sentido, y entraban pertrechados de un severo bagaje científico á demoler la obra del pasado.

Protágoras dejaba sentado que «el hombre es la medida de todas las cosas», para afirmar «que de los dioses, no sabré decir si los hay ó no los hay, pues son muchas las cosas que prohíben el saberlo, ya la obscuridad del asunto, ya la brevedad de la vida del hombre».

Pitágoras, alcanza á desenvolver una compleja acción como filósofo, como político y como moralista. Sus propios contemporáneos, afirman que sus máximas filosóficas y políticas, se propagaron con gran celeridad, y que á él se debe la libertad de muchos esclavos y la pacificación de revueltas y sediciones populares.

Anaxágoras, cuyas doctrinas tantos prosélitos conquistaran, enseñaba que el Sol no era sino un globo de fuego; lo que significaba una irrespetuosidad al dios Apolo, el divino arquero de las flechas de oro. Para Anaxágoras, la materia se transforma, pero es eterna. «Lo que existe, decía, se mezcla ó separa, confúndese ó disocia: el nacimiento es una composición, la muerte, una descomposición. Nada nace y nada muere». Cuando Lavoissier afirmara, muchos siglos después, que nada se crea y nada se destruye, en verdad, que se limitaba á evocar á Anaxágoras. Aristóteles, hablaba más tarde con admiración, de ese dios Inteligente de Anaxágoras, que era el origen del movimiento y el ordenador del caos.

Demócrito echó las bases de la filosofía naturalista.

Los dioses eran para él la creación fantástica del hombre primitivo aterrorizado por las convulsiones de la naturaleza y que la tradición había transmitido. Recuerda Cicerón que de la fuente de este grande hombre, tomó Epicuro el agua para regar sus huertecillos.

En esta ligera enunciación de doctrinas que hemos anotado al sólo efecto de medir su repercusión social, se observa, cómo todas ellas coinciden en su obra de destrucción del pasado religioso, que había no obstante, fundado y levantado el hogar antiguo y el municipio de tal modo que su destrucción llevaba aparejada una verdadera innovación política, suplantándolo todo por una doctrina inteligente de la naturaleza, pero que carecía del gobierno moral del mundo.

Para sentir la gravedad de este momento, es preciso

obedecer á Tito Livio, cuando narrando la antigüedad, decía en frase célebre, su alma se hacía antigua. Asistir al advenimiento de este racionalismo, que inspiraba doctrinas diversas y adversas, estrechándose á veces suave á veces bruscamente, y sufrir la sacudida para alcanzar su verdadero significado.

La nueva filosofía había sentado como premisa irremovible que no existía una verdad absoluta y consideraba á la naturaleza desde el aspecto de su eterna y constante mutabilidad y transición.

Del Epiro al Peloponeso, del Atica á las colonias griegas sentadas en los umbrales del Asia Menor, la polémica agitó los espíritus y los griegos se enrolaron en las Escuelas filosóficas como en otras tantas brigadas en las visperas de una gran batalla.

¡Cuánto ha cambiado el mundo helénico de las Termópilas á Egos Potamos! En la Agora ó en el Cnix, ya no resuena en la tribuna como el trueno, ni se escucha la palabra como el rayo, que recuerda Plutarco, del Olímpico Pericles; ya no exalta á los ciudadanos la irritación patriótica de las memorables asambleas de toda la Grecia que precedieron á la temeraria invasión del Gran Rey; ya, en fin, ha dejado de ser alternativamente gobernante ó gobernado, aristócrata ó demócrata, abdicando de sus propios derechos por inacción y abandono! Pero el pueblo griego no se había entregado á la diversión y á la orgía, y el grito del poeta: «*panem et circenses*», que decía del pueblo romano, no habría calmado las angustias populares de los helenos. Un pueblo que se divierte, había asegurado un histrión á Augusto, no hace motines. Y en verdad que es imponente esta nota de raro contraste entre la alegría bulliciosa del pueblo romano en decadencia, que había sido eternamente severo y la tristeza crepuscular del pueblo griego en agonía, que había sido eternamente jovial...

En todas partes, en los gimnasios del Liceo, entre sus fuentes, sus bosquecillos y sus pórticos; en los jardines del héroe Academo, en cuya portada, como un símbolo, se levantaba la estatua del amor; en el Cerámico, la gran ne-

crópolis donde reposan los antepasados ilustres ; en el Cefiso, de tropical vegetación y al amparo de su sombra amable, dos generaciones de hombres se vinculan, chocan y se repelen, la vieja que es hija del pasado y aseguró la independencia, viene bajando el camino de la montaña, apurada por la nueva generación, pujante y briosa, los éfebos entusiasmados, sobre cuya juventud se preparaba la tormenta precursora, y que representaron el vértigo de la hora presente.

En defensa de sus últimas posiciones, la antigua generación, movida por misoneísta intolerancia, apela á todos los recursos, aplica la ley que castiga á los que introduzcan divinidades extrañas ; hace víctima primero á Anaxágoras, y á Diógenes después ; Pródico de Ceos, que había negado los dioses, es condenado á beber la cicuta ; y Protágoras, acusado de ateísmo, tiene que abandonar la patria, y sus obras, ante un público que acumula pasiones, son quemadas en la plaza pública.

La polémica sobre teatro, sobre arte, sobre filosofía, ha extraído el substrátum de su fondo, y ha libado su esencia con voluptuosidad. Los dioses ya no existen, ni siquiera como exponentes de arte ; la verdad absoluta ha sido negada, y en su lugar, conforme á una verdad relativa y científica, todo cambia y se transforma, nada es estable y definitivo : y lo destruído no ha sido suplantado por nada, salvo por la negación de todo. Los espíritus penden vacilantes, suspensos en el vacío por un hilo fino, tenue ; por rajaduras invisibles ha comenzado á filtrarse el soplo helado de la duda, la duda inteligente que ha negado los dioses, la duda nerviosa que ha investigado desprevenida sobre el origen del mundo ; la duda, humana y pródiga que no ha limitado su vuelo maravilloso y se ha permitido negar en su perjuicio el concepto convencional de la Patria.

La duda ha engendrado la incredulidad, de ésta se ha desprendido el escepticismo ; después la falta de fe, la negación de todo, el sentimiento de la inutilidad del esfuerzo, han sido sus primeros corolarios. Entoces nada pudieron los deleznales puntales adosados á los muros tambaleantes y grandes grietas avanzaron rajando el edificio...

Si los diversos elementos de que una civilización se compone, son la genuina expresión del alma del pueblo que los ha creado; si el carácter, si la grandeza, si la moralidad del pueblo griego, derivaban, por las especiales idiosincrasias de su temperamento, del arte y de la filosofía, la transformación de este arte y de la filosofía, hacia la verdad, hacia la humanización y el racionalismo, lógicamente debía repercutir y conmover el alma de este pueblo, que había contribuído á impulsar esa evolución, en el intercambio recíproco de todas las fuerzas sociales. Pero la verdad en el teatro, en el arte, en la filosofía, cuando conserva su oscilante y peligroso equilibrio, es de supremas enseñanzas para los pueblos fuertes, para los que llevan arraigados en el fondo del alma nacional hondas virtudes, y tienen otras fuentes de donde extraen las potencias necesarias para resistir el cambio y aprovechar las nuevas enseñanzas.

El pueblo griego no las tenía. Y así el teatro humanista de Eurípides, se hace una escuela de inmoralidad con sus sucesores; el gesto pasional del dolor, que magistralmente traducía la estatuaria de Escopas, se transforma con los escultores de la decadencia, en una mueca horrible y antiartística; y la filosofía racionalista que había estudiado tan sabiamente la naturaleza, se tergiversa y degenera en la sofística retórica ó bien lleva á los espíritus la duda y el escepticismo.

Nada más exacto, histórica y racionalmente, que estas profundas conmociones sociales como resultado de la evolución de las manifestaciones externas de la civilización de un pueblo ó de una época. Bastaría recordar la revolución reaccionaria del positivismo, cuando la escuela romántica del siglo XIX había apurado todos los recursos de la fantasía, de la imaginación frondosa y de las idealidades abstractas. «El sueño prodigioso de la revolución y de las batallas napoleónicas, dice Ouvre, se prolonga en el Romanticismo y el azar fué simbólico, cuando un general tuvo por hijo á Víctor Hugo».

Un nuevo y marcado carácter, adquieren la novela y el teatro, que se hacen poderosos instrumentos de investigación social: lo prueba aquel grito de airada protesta

que contra la esclavitud en todo el mundo se levantara provocado por el pequeño libro «La cabaña del Tío Tom».

El realismo se hizo naturalismo, y el siglo que le vió nacer se cubrió los ojos avergonzado de una literatura que calificaba de inmoral, de perversa, que corrompía las costumbres y familiarizaba con el vicio, presentándolo crudamente en el romance ó en el teatro. Y era la sociedad contemporánea que llevaba más de veinte siglos en el ejercicio de las prácticas y virtudes cristianas que habían forjado como un sedimento irremovible de moralidad.

Aunque aparezca violento y exótico el transplante, bastaría por breves momentos trasladar á la sociedad helénica del período de su evolución artística y filosófica, á escritores como Zola, publicando «Teresa Raquin» y «L'assomoir», á los Goncourt, á Maupassant, ó á Ibsen representando «Un enemigo del pueblo» ó «El Pato silvestre», para calcular todo el significado revolucionario de estas transformaciones que sorprenden á las sociedades inhábiles para resistir la sacudida con fuerzas propias y suficientes. Verdad es, que estos autores no tienen un equivalente matemático en la literatura helénica, pero el proceso evolutivo que sufría el arte y la filosofía griega hacia la verdad, que es la suprema finalidad á la que tienden en última instancia todas las actividades de la vida, le había llevado más lejos de lo que sus fuerzas podían alcanzar.

Especiales circunstancias agravaban la situación para Grecia, pues ese movimiento era de índole compleja, involucraba diversas manifestaciones de la vida social que se condensaban para estallar en un reducido escenario como era la península helénica; en tanto que en diversas oportunidades históricas, las diferentes revoluciones producidas en la Europa se han repartido en varias sociedades, como la religiosa del siglo XVI, la política del siglo XVIII, la literaria del siglo XIX.

Afirmaría, si no temiera que la frase resultara paradójica, que Grecia pereció víctima de su misma civilización. Dentro de una rigurosa causalidad sociológica, la historia de Grecia, sin embargo, se desenvuelve con tal precipitación que la cultura de cada época, parece carecer de toda

fijeza. Sergi no se ha detenido en esta historia, movедiza é impresionable, cuando afirmara que únicamente la inmovilidad causa la muerte de los pueblos. Le Bon llega á la desconsoladora conclusión, de que si las leyes del porvenir serán las del pasado, podría afirmarse que lo más perjudicial para un pueblo, es alcanzar un alto grado de inteligencia y de cultura. «Porque los pueblos perecen desde que se alteran las cualidades de carácter, que forman el tejido psicológico de su alma, y esas cualidades se alteran desde que engrandecen su civilización».

Irrisorio sería pretender salvar á Grecia, dictando leyes, como ingenuamente proponía Augusto en Roma, ensayando una legislación de las costumbres que comprendía las leyes santuarias, *adulteris* y *maritandis*, y que hacía exclamar á Tácito, en penetrante burla irónica, «antes sufríamos enfermedades, ahora estamos enfermos de remedios». «Porque el mal que sufría entonces la sociedad romana, escribe Fustel de Coulanges, no era la corrupción de las costumbres sino el relajamiento de la voluntad y, por así decirlo, el enervamiento del carácter».

Esta ausencia de voluntad y de carácter, este abatimiento espiritual, que son los últimos signos sintomáticos de la decadencia de todos los pueblos, aparecen relevadores en la sociedad helénica.

Así lo comprendieron los filósofos que se consagraron á la obra de saneamiento y de educación social; porque lo más alarmante de esta decadencia era que en el momento inicial sus causas derivaban de su misma historia, de la evolución virtual de su cultura, de las fuentes íntimas de su vida, y ningún factor extraño ó ajeno había alcanzado á perturbar, á acelerar ó á entretener este declive lento y gradual que aparecía como un fenómeno ineluctable. Para Roma otras fueron las circunstancias;—á partir del siglo II antes de nuestra era, la conquista del mundo antiguo, que había sido un ejercicio de las virtudes militares y patrióticas, inaugura su obra de disolución social bajo la doble influencia de Grecia, por entonces en plena decadencia, y del antiguo Oriente, la patria de los orígenes de la civilización, pero también la cuna del despotismo, de la indolencia y del lujo,

donde la tierra generosa y el sol ardiente fecundan la semilla que apenas solicita del hombre la leve inclinación para recoger el fruto.

Para Roma al complicarse el problema por la intervención de diversos factores, ampliaba los posibles recursos de la solución: para Grecia, al simplificarse las causas de su decadencia, derivada de su misma historia, limitaba los expedientes, á los cuales se podía con éxito apelar.

La obra de la reacción, tuvo sus apóstoles y también sus mártires.

Dos hombres la representan en Grecia; un filósofo, Sócrates; un político, Demóstenes.

La obra de Sócrates, se destaca sobresaliente del fondo de la época en el momento más caótico de su pueblo, que lo hizo su primera víctima. Como Anaxágoras había propuesto el dios inteligente ordenador del caos, Sócrates buscó el dios moral que diera á los hombres las reglas de su acción y su conducta, sin fundarlo en la base movidiza de la época y las costumbres. Descalzo como un penitente, cubiertas sus carnes por una andrajosa túnica de donde aparecía su rostro ancho y feo, poblado de enortijada barba, que pendía de su labio inferior abultado y bello; de nariz informe, de frente amplia y prominente, de ojos como si quisieran escapar de sus órbitas en un esfuerzo de clarovidencia, el docto filósofo paseaba por las calles de Atenas su miseria y su modestia. Militando en medio de la juventud porque sabía que en los estados democráticos, ella sola podía substentar las esperanzas de la patria, grave, pero sin solemnidad, de sus labios había salido la sentencia revolucionaria de la unidad de Dios, adelantándose varios siglos á la predicación que repetiría más tarde el Mesías de Jerusalén; y como Cristo precipitó la caída del vacilante Imperio Romano, por su prédica de la igualdad, de la abstención de los puestos públicos, del celibato y la virginidad que ocasionaban la despoblación de Roma, por su propaganda de la paz que quebrantaba la disciplina del ejército, Sócrates también, al exaltar la dignidad humana, con su enseñanza de la virtud y de la justicia, practicando el bien, evitando el mal, diciendo la verdad sin ocultar

su pensamiento en equívocos eufemismos ó en hábiles reticencias, reagravó más aún, en una hora póstuma, el momento difícil y su obra resultó contraproducente por lo tardía, tanto que el torrente á él también lo arrastró y el «corruptor de la juventud», que decía Aristófanes, bebió la cicuta en un gesto de sublime obediencia que apenas alcanzara á imitar Jesús.

El cuadro de su condenación es imponente y revela mejor que cualquier otro el deplorable estado de la Grecia en decadencia : sus adversarios lo pusieron en ridículo, lo calumniaron, prepararon el espíritu de un pueblo sin energías morales, lo ofrecieron como un enemigo irreconciliable de la República, y el ciudadano Anito, como vanagloriado de cumplir un honroso deber, presentó á los magistrados de la ciudad una acusación contra Sócrates, que decía : «Sócrates ha violado las leyes porque no respeta los dioses de Atenas y quiere introducir el culto de nuevas divinidades ; porque corrompe á la juventud, inspirándola desprecio para todo lo que tiene un carácter sagrado : que su castigo sea la muerte».

El pueblo, congregado en tumulto, espera la palabra de los acusadores : á Anito, que hablaba en nombre de los sacerdotes, se han agregado Melito y Licón, de las clases distinguidas representantes de los poetas y de los oradores ; suben sucesivamente á la tribuna y sus palabras engañosas, impresionan fácilmente el alma de la muchedumbre. Luego, lentamente, lleno de entereza, sube Sócrates y se hace un significativo silencio, que sólo su presencia sabe imponer, porque su serenidad es grande. «Atenienses, les dice, no os enojéis, si os hablo sin deshacerme en llanto, ni os presento, como los demás acusados, mis hijos, mis deudos y mis amigos, en una actitud compasiva ; pues, observo esta conducta, no por orgullo ni por mostrarme fiero ante vosotros, sino porque creo que es indecoroso implorar la piedad del Juez y disponerlo en favor de los acusados, por otros medios que no sean los que exige la justicia de la causa». Después se atrevió á afirmar : «Yo estoy persuadido de la existencia de Dios, más que cualquiera de mis acusadores y me resigno á la voluntad del Sér Supremo y á la de mis Jueces, para que fallen se-

gún su conciencia y decreten lo que juzguen más oportuno para ellos y para mí». La arenga, sin afectación retórica, pero sencilla y patética, no movió un solo músculo en la fisonomía de su pueblo; y cuando Platón, angustiado por aquel espectáculo de vergüenza, había escalado la tribuna para enrostrar á todos su cobardía, le ordenaron silencio y por la fuerza, le obligaron á bajar.

¿Acaso no puede compararse con justicia, como ha propuesto Rousseau, el hijo de Sofronisco, con el hijo de María?

Con Sócrates acababa de probarse la ausencia de moralidad; con Demóstenes iba á ponerse en evidencia la falta de patriotismo. Bien ha dicho Montesquieu, que el puesto natural de la virtud, está al lado de la libertad.

La voz del eminente orador, rugía como en el desierto, sin conmover los corazones. También le injuriaron, acusándolo de haber traficado con su oratoria, y la malignidad popular decía de sus discursos aprendidos de memoria, que olían al aceite de la lámpara...

Demóstenes continuaba impertérrito, echando en cara al pueblo su decrepitud. «Quién hubiera pensado, les decía, que vosotros, á quienes se os habla diariamente del valor de nuestros antepasados... y que encontráis en todas partes ese recuerdo, seriais bastante cobardes para salir al encuentro de Filipo y entregarles la libertad de Grecia!». En otra oportunidad, con un profundo sentido político de las circunstancias y de la época, les decía: «vuestro enemigo no es Filipo, es la molicie... Si Filipo muere, no dejaréis de crearos otro».

Ante la inminencia del peligro, los griegos se unen para combatir al extranjero, movidos por un instinto de defensa y de conservación. Y en los campos de Queronea, donde el soldado griego apenas es una sombra del soldado de Maratón, parece como si exhalara su último suspiro la libertad de Grecia.

¡Cuánto ha cambiado el mundo helénico, de Egos Potamos á Queronea!

Ya en sus postrimerías, Grecia ofrece el teatro de una doble lucha económica y política; no entre ricos y pobres,

sino entre señores y esclavos ; no entre demócratas y aristócratas, sino entre demagogos y oligarcas.

Recuerda Polibio, que en el Concilio de Naupacta, un orador helénico decía : «Volved la vista hacia Occidente, donde los cartagineses y los romanos se disputan algo más que la Italia... Por esa parte, se forma un nublado que irá aumentando y que concluirá por descargar sobre la Grecia».

Eran los romanos. Después de Cinocéfalas, un día desbordante de sol, en que los griegos celebraban sus últimos tristes juegos Itsmicos, hizose con la trompeta la señal de silencio y presentándose en medio el pregonero, anunció que el Senado Romano y el cónsul Flaminio, entregaban generosamente la libertad á los griegos. «Fué grande la gritería que con el gozo despertóse, cuenta Plutarco ; pusieron de pie todos los concurrentes del teatro y ya nadie dió la menor atención á los combatientes, sino que todos corrieron á arrojarse á los pies y tomar la diestra del que saludaban como salvador y libertador de Grecia».

Flaminio era el primer representante de la política maquiavélica : prometía para no cumplir. En verdad que sobraba el engaño porque la libertad no se regala, es el patrimonio de los pueblos fuertes. Más que un obsequio, resultaba una cortesía gentil para el venerable agonizante. Grecia, acariciada en la ilusión de una piadosa mentira, podía cerrar los ojos : la posteridad escribiría en su pedestal los versos inmortales del poeta : *Gratia capta ferum victorem cepit...*

---